



éjelos que se
copien

Mario Víctor Vázquez¹

¹ Profesor Titular Universidad de Antioquia, Licenciado en Ciencias Químicas, Doctor en Ciencias Químicas. Correo electrónico: mario.vazquez@udea.edu.co

El creciente avance tecnológico en las herramientas de comunicación ha introducido el debate sobre la necesidad de contar con recursos tecnológicos que permitan controlar el uso indebido de estas por parte de los estudiantes.

Esta función de control no es propia de la época dominada por las Tecnologías de la Información y las Comunicaciones, sino que ha sido práctica común desde hace años. Tal vez sea un buen momento para reflexionar sobre el rol que debería adoptar el docente: alguien que controla, o un motivador.

Palabras clave: Tecnología, Docencia, Pedagogía, Estudiantes, Formación

En lo que considero fuera mi primera aproximación a la experiencia docente, tuve la oportunidad de acompañar al doctor Héctor Garrera, profesor de la Universidad Nacional de Río Cuarto, en un examen parcial que les realizaba a estudiantes de ingeniería química en aquella universidad argentina.

Por esa época, en que iniciaba mi formación en la carrera de Licenciatura en Química, había accedido al puesto de monitor del mencionado profesor, uno de los pocos calificados para tomar un curso que, para los estándares que se manejaban en aquella joven universidad, se consideraba masivo.

Mientras el profesor aprovechaba el tiempo del examen para leer varios libros que había llevado consigo, yo consideraba que mi rol principal era vigilar a los estudiantes por si algo extraño sucedía. Y así fue. Mientras él repasaba conceptos químicos con su único ojo (el otro lo había perdido en un accidente de laboratorio según se comentaba, algo que resaltaba aún más su personalidad), observé que al fondo del salón dos estudiantes mantenían una conversación sobre alguna pregunta del examen. Inmediatamente reporté la novedad al profesor Garrera.

—Allá al fondo hay dos alumnos que están

hablando —dije, cumpliendo lo que creía era mi función.

El profesor, sin levantar la vista de sus libros de química, me contestó:

—Déjelos, si se copian es porque no saben.

Aquella inesperada respuesta me dejó sorprendido y por muchos años estuve pensando en ella.

Una vez finalizada mi formación de pregrado comencé mi trabajo profesional en la Universidad Nacional de Córdoba, donde sí pude conocer la docencia con cursos masivos de verdad (hablar de cursos de cientos de estudiantes no era ninguna novedad). En paralelo a mi formación científica, para obtener el

título de doctor se nos asignaban cursos básicos para ejercer la docencia; práctica para la cual nunca había tenido preparación alguna más allá de ciertas monitórias en actividades de laboratorio. Rápidamente me integré al sistema docente y a los distintos recursos para evaluar el desempeño de ese enorme grupo de estudiantes. Había que evitar que se cometiera cualquier intento de fraude.

Vale aclarar que en aquellos tiempos la presión social por obtener, a como diera lugar, un título universitario me permitió conocer de primera mano innumerables intentos de fraude a la hora de aprobar las distintas evaluaciones

parciales y finales que se implementaban. Incluso, hubo un caso de suplantación de persona que implicó la participación de la justicia federal argentina.

En ese contexto, resultaba claro que debíamos extremar todos los cuidados, varios profesores encargados de cuidar exámenes,

Sin darme cuenta ya formaba parte de una gran batalla entre un grupo de estudiantes, de los que había que sospechar de manera preventiva, y el equipo docente que tenía que extremar los cuidados para evitar dejar cualquier cabo suelto del cual se pudieran aprovechar aquellos «enemigos».

verificar la identidad de los estudiantes, ubicarlos lo más separados posibles, preparar muchas versiones de la evaluación y observar sus pertenencias personales atentos ante cualquier objeto o actitud sospechosa.

Sin darme cuenta ya formaba parte de una gran batalla entre un grupo de estudiantes, de los que había que sospechar de manera preventiva, y el equipo docente que tenía que extremar los cuidados para evitar dejar cualquier cabo suelto del cual se pudieran aprovechar aquellos «enemigos». Incluso, recuerdo con cariño que el examen original de cada evaluación se guardaba en una caja fuerte y se llevaba protegido a una imprenta para hacer las grandes cantidades de copias que se necesitaban. Algo solo visto en las películas ambientadas en la época de la guerra fría.

Pasaron los años y siempre estuve ligado a actividades docentes, manejando grupos más pequeños, pero con la misma actitud de prevención a la hora de organizar las evaluaciones.

De aquellos lejanos años en que debíamos crear una cadena de custodia de los exámenes, desde la imprenta a las manos de los estudiantes, llegamos a nuestros días donde la tecnología ha conformado un mundo alrededor de la docencia que poco se parece al de aquellas épocas.

Claro que algunas cosas parecen no haber cambiado...

La sombra del fraude sigue girando alrededor nuestro, pues tenemos que evitar que

Cual guerreros de la docencia, actualizamos nuestro arsenal permanentemente y dedicamos mucho de nuestro tiempo de trabajo en prevenir posibles fraudes. Una imagen policíaca que considero alejada de lo que hubiera imaginado como el verdadero rol del docente universitario.

los estudiantes copien. Como sigue prevaleciendo la presunción de culpabilidad, se les debe informar el primer día de clase en la universidad todo lo que no pueden o deben hacer, y las consecuencias de ese, más que previsible, comportamiento.

Esta mirada ya no es solo con nuestros estudiantes de pregrado, incluye también a los de posgrado y, cual epidemia, se extiende a todos los estamentos de la universidad: nos corresponde evitar el riesgo de fraude todo el tiempo, evitar que se copien, que copiemos.

Es aquí cuando la tecnología viene a nuestra ayuda y, constantemente, nos enteramos de ingeniosas aplicaciones que nos permiten elaborar exámenes donde las preguntas, tomadas de un banco trabajosamente elaborado, son elegidas al azar, mezcladas una y otra vez, para minimizar el riesgo que los estudiantes obtengan de alguna manera la respuesta buscada. Pero ya que estamos por aquí, contamos con herramientas tecnológicas para analizar textos, para descubrir plagios y, como no podía ser de otra manera, estamos en permanente preocupación para poder reaccionar ante las impredecibles posibilidades que trae el empleo de la llamada inteligencia artificial.

Cual guerreros de la docencia, actualizamos nuestro arsenal permanentemente y dedicamos mucho de nuestro tiempo de trabajo en prevenir posibles fraudes. Una imagen políaca que considero alejada de lo que hubiera imaginado como el verdadero rol del docente universitario.

Hago la distinción del nivel de educación llamada «superior» para diferenciar la situación con los niveles precedentes. En una atrevida simplificación podría comenzar con aquella primera etapa de descubrimiento, de aprendizaje, de abrir la mente a tanta información novedosa. Luego, transitamos por un camino donde no queda clara la utilidad de lo que se aprende, donde se es consciente de que es una etapa por la cual hay que pasar, y si es lo menos traumática mucho mejor. Ya demasiado tenemos en esos años con lidiar con nuestra adolescencia. Finalmente,⁷

llega el gran momento, nos preparamos para ingresar a la universidad, el paso previo a nuestra formación profesional, el que probablemente marcará nuestra vida futura. De alguna manera, volvemos a la primera fase de nuestra formación: frente a nosotros tenemos un

mundo de conocimientos, experiencias y libertad para tomar todo lo que queramos, la mesa está servida.

Volvamos entonces a mi preocupada mirada sobre nuestro rol como profesores. Contamos con recursos nuevos para aplicar evaluaciones y controlar de qué manera los estudiantes van transitando el proceso de aprendizaje. Sería un error generalizar y poner a todos los docentes en la misma bolsa, pero me preocupa pensar que haya un importante grupo que dedique la mayor parte del esfuerzo a estas tareas policíacas. Con lo cual surge la gran cuestión: ¿Dónde quedó el rol del profesor como motivador?

Es que resulta, como mínimo, contradictorio que en esta etapa de formación superior los docentes debamos cuidar que los estudiantes no se copien o comentan fraudes. Intentando ejemplificar con analogías exageradas sería como imaginar que un polluelo en su nido mienta a sus progenitores afirmando que ya sabe volar por su cuenta y que puede lanzarse desde el nido al vacío, o que un cachorro afirme que ya sabe cazar y, por tanto, puede salir del cuidado de los mayores para procurarse la alimentación de manera independiente. En estos ejemplos hasta un niño podría cuestionarse sobre la utilidad de esas mentiras.

Seamos claros, si un estudiante puede desempeñarse en el mundo laboral

sin inconvenientes a pesar de haber basado su formación con mentiras obedece a que es autodidacta (aprendió a volar o a cazar por su cuenta), o a que en realidad no necesitaba

Seamos claros, si un estudiante puede desempeñarse en el mundo laboral sin inconvenientes a pesar de haber basado su formación con mentiras obedece a que es autodidacta (aprendió a volar o a cazar por su cuenta), o a que en realidad no necesitaba adquirir esos conocimientos (no necesitaba extender sus alas o podía vivir sin alimentarse)...

adquirir esos conocimientos (no necesitaba extender sus alas o podía vivir sin alimentarse), en cuyo caso es un buen motivo para reflexionar sobre la pertinencia de la educación que estamos brindando. Si no corresponde a ninguna de las anteriores opciones, la idea es que el estudiante no podrá desarrollarse plenamente si no adquiere los conocimientos, si no aprovecha todos los recursos (no solo los obligatorios) que puede encontrar en la universidad. Es aquí donde el rol del profesor como motivador cobra relevancia. Después de todo, asumir la formación con responsabilidad no es algo que se consiga por imposición. A lo sumo, con el ejemplo.

Por este motivo: «déjelos, si se copian es porque no saben».

Creo que recién ahora estoy comprendiendo lo que me quiso decir el doctor Garrera.